

ber si, gracias á su génio, tendremos una torta de manzanas, en lugar de una de nuestras empanadas de buey.

» Si esas señoras pueden contentarse con semejante festin, y servirse de platos que en otro tiempo eran de hoja de lata, pero que hoy son de hierro, (sin que se hayan cambiado así de puro limpiarlos), me alegraré de verlas. Sin mas, soy vuestro afectísimo y S. S. A.»

El año 1780 se inauguró bajo auspicios sombríos para América. Las manifestaciones de Washington no fueron eficaces; en lugar de 35,000 hombres que habia decretado el Congreso, el general solo tenia 12,000 que se morian de hambre<sup>2</sup>. En cambio, la posición de Inglaterra ibase haciendo mas peligrosa, que no tan solo se aliaban Francia y España contra la Gran Bretaña en actitud amenazadora, sino que todas las potencias neutrales protestaban contra el derecho de requisa que se arrogaba Inglaterra, derecho que esta nacion ejercia con el espíritu avasallador que la ha distinguido siempre. En el dia primero del año 1780 un convoy de naves holandesas que se dirigia al Mediterráneo, rechazaba á cañonazos el comodoro Fielding, teniendo aquel que sucumbir ante las fuerzas inglesas. « Vosotros proveeis de armas y municiones á nuestros enemigos, los franceses y españoles, » decian los ingleses. — « Vosotros insultais nuestro pabellon, » respondian los holandeses.

Esa cuestion sublevó singularmente el ánimo de la emperatriz Catalina. Los cruceros españoles se habian apoderado en el Mediterráneo de dos embarcaciones rusas cargadas de cereales con destino á la guarnicion inglesa de Gibraltar. — « Mi comercio, decia muchas veces aquella, es mi hijo. »

En 26 de febrero de 1780 el ministro ruso Panin, enemigo de Inglaterra, dirigió á las córtes beligerantes su famosa nota, en la cual declaraba: 1.º que el pabellon amparaba el cargamento; 2.º que no habia mas artículos de contrabando, fuera de los que eran reconocidos por tales en virtud de un pacto; 3.º que las potencias neutrales solamente podian reconocer un bloqueo efectivo.

Esos principios, admitidos hoy en el derecho de gentes, eran nuevos en aquella época, y estaban en contradiccion con las pretensiones exclusivas de Inglaterra. En 1780, pues, constituyeron el fundamento de la *neutralidad armada*, alianza que contrajeron entre sí Rusia, Suecia y Dinamarca, comprometiéndose á sostener,

<sup>1</sup> Sparks, tom. II, pág. 114.

<sup>2</sup> Lord Mahon, tom. VII, pág. 55.

si fuera necesario, en el terreno de las armas los derechos de las naciones neutrales. Poco despues se adhirieron á ese convenio Holanda y Prusia; España y Francia aceptaron al principio, é Inglaterra se halló sola frente de Europa y América, decididas entrambas á sostener la libertad de los mares<sup>1</sup>. Primer fruto saludable de la revolucion norteamericana, que ciertamente no es de poca trascendencia.

En abril de 1780 La Fayette regresó de Francia, á donde habia vuelto á principios de 1778, en cuanto tuvo noticias de la guerra, para ofrecer su brazo á su país. Era portador de un mensaje que llenó de inmensa alegría á Washington. Habíase solicitado apoyo á Francia, y, ya el año anterior, la escuadra del conde de Estaing, habia visitado las costas de América, con escaso éxito. Pero no se habian pedido tropas; por una parte se recelaba siempre que Francia podria invadir de nuevo el Canadá, y que América no haria con eso mas que cambiar de señor; y por otro lado, eran harto recientes los recuerdos de la antigua rivalidad para que no se abrigaran sospechas acerca de la buena voluntad de norteamericanos y franceses, militando bajo unas mismas banderas.

La Fayette que, segun dijo el viejo Maurepas, habria desamueblado á Versalles para ayudar á América, tomó de su cuenta pedir socorros en hombres y dinero, y fué á comunicar á Washington la llegada de una primera division francesa, á las órdenes del general Rochambeau, fuerte de unas 5,000 plazas. La segunda division no pudo llegar, habiendo tenido que quedarse en Brest, por falta de buques de transporte.

El ministerio francés dió á Rochambeau instrucciones llenas de prudencia y delicadeza. Ante todo y en todos los casos, el general y sus tropas debian someterse á Washington. Siempre que los dos ejércitos estuvieran reunidos, las tropas francesas debian considerarse como auxiliares, y ceder á las norteamericanas el lugar de preferencia, dándoles siempre la derecha. Siendo iguales la categoría y la antigüedad, los jefes norteamericanos debian ejercer el mando.

Estas instrucciones, comunicadas á Washington antes del desembarque de los franceses, produjeron un efecto excelente. Desde el dia de su llegada hasta el de su partida, reinó siempre la mas perfecta armonia entre las tropas francesas y los soldados y pueblo

<sup>1</sup> Lord Mahon, tom. VII, páginas 45 y 46. No se hizo gran cosa al principio; Catalina llamaba á eso *neutralidad armada*.

norteamericanos. Los oficiales del continente adoptaron inmediatamente los colores negro y blanco para sus escarapelas, porque, sabido es, que era negro el color de la escarapela norteamericana. Todavía se recuerda con fruición en los Estados Unidos, que los soldados franceses, acampados en mas de una ocasión cerca de las huertas norteamericanas, se despedían de aquellos sitios sin haber probado un solo fruto. «Las gallinas y los cerdos se paseaban por en medio de las tiendas,» decía La Fayette<sup>1</sup>. No es menos explícito Franklin en sus *Memorias*, en las cuales encarece la delicadeza del soldado francés. Semejantes recuerdos, no los dejaron á buen seguro los ingleses de Braddock.

En julio de 1780 arribó la armada, cuyo jefe era el caballero de Ternay. No podía llegar en tiempo mas oportuno, como quiera que, en el mes de Mayo, sir Henry Clinton se habia apoderado de Charleston. La pérdida de Charleston era un porrazo dado á los Estados Unidos, segun espresion de La Fayette<sup>2</sup>, en atención á que todo el Sud se sustraía de la confederación. En cuanto se tuvo noticia del arribo de la escuadra, Clinton regresó á Nueva York, dejando en la Carolina á lord Cornwallis; con la armada inglesa amenazó á la francesa que estaba en New-Port, en Rhode-Island, reduciendo así á Rochambeau á la inacción, é incapacitándole para correr al auxilio de la escuadra en caso de que lo necesitara.

Transcurrió todo un año, estando así ambas fuerzas á la mira, en tanto que los ingleses hacían progresos en la Carolina y que el Congreso, sacudiendo su entorpecimiento, decretaba que el tiempo de enganche de las tropas, no sería ya tres meses, sino que su servicio duraría tanto cuanto la guerra; disponiendo además que los oficiales que permaneciesen al frente de sus compañías hasta ajustarse la paz, se les recompensaría con la mitad del sueldo por toda su vida. Medidas excelentes, si bien que no se llevaron á cabo.

La primera disposición no era tan fácil de cumplirse, como pudiera suponerse, porque en América no existe el espíritu militar. Los norteamericanos se baten bien, pero tienen en menos el oficio de soldado, lo cual hace que, queriendo ser libres, aun con las armas en la mano, no quieran engancharse realmente. Esto se echó de ver cuando en 1.º de enero de 1781 4,300 hombres acantonados en Morristown, en Pensilvania, se insubordinaron porque se les adeudaban haberes, ó se los pagaban en papel de insignifi-

<sup>1</sup> *Memorias*, tom. I, pág. 347.

<sup>2</sup> *Id.* tom. I, pág. 373.

cante valor, con lo cual estaban casi reducidos á la miseria, y, sobre todo, porque no se licenciaba á algunos soldados que se habían enganchado por tres años, ó por todo el tiempo que durara la guerra, alegando, y no sin razón, que al alistarse creían que la paz se ajustaría antes de concluirse aquel plazo.

Los amotinados mataron á un capitán, hirieron mortalmente á otro oficial, y se pusieron en camino de Princeton con seis cañones de montaña, amenazando al Congreso reunido en Filadelfia. Por consejo de Washington, se echó mano á medidas benignas, transigiéndose con los rebeldes; mas presto estallaron otros desórdenes, siendo menester emplear el rigor para atájarlos.

De esa suerte iba disolviéndose el ejército, la bancarota era inevitable, y los recursos del país se agotaban, y entonces fué cuando en 15 de enero de 1781, á instancia del Congreso, Washington dió por escrito, instrucciones al coronel John Laurens, quien se dirigía á Francia para solicitar mas socorros así en hombres como en dinero. La carta, escrita por el mismo Washington, y que debe de estar en el archivo del ministerio de Estado, manifiesta que en aquella crisis las últimas esperanzas de América estaban cifradas en Francia.

Washington espone que no teniendo América riquezas acumuladas, ni capital nacional, la guerra ha postrado ya las fuerzas naturales del país, conduciéndole insensiblemente á una crisis que hace indispensable el auxilio de Francia, auxilio inmediato y eficaz.

«El papel moneda, sin capitales para amortizarle, está tan depreciado, que la desconfianza se ha hecho general.

«Las requisas son imposibles, no teniendo ya crédito. La campaña de 1780 se ha hecho sin un chelin<sup>1</sup>.

«Hasta tal punto ha sufrido el ejército, que su paciencia toca á su término, no teniendo vestidos, víveres ni pagas, y el descontento ha cundido por todas sus filas.

«El pueblo está tambien desanimado y descontento. Se desvaneció ya el primer entusiasmo que le hizo aceptar la guerra para no perder la libertad. De temer es, que un pueblo mercantil y libre, poco acostumbrado á cargas pesadas, cansado de pagar contribuciones de índole nueva y odiosa, no sea á propósito para llevar á cabo sacrificios que estén á la altura de las circunstancias,

<sup>1</sup> La Fayette, *Memorias*, tom. I, pág. 396.

siendo de recelar además que, en su imaginación, puede creer que solo ha cambiado una tiranía por otra.»

De todo lo cual resulta, según Washington:

«La imprescindible necesidad de un inmediato socorro pecuniario, suficiente para dar lugar á que la confederación alivie el lastimoso estado de la Hacienda, rehaga su decaído crédito é imprima energía á las operaciones futuras.»

«La importancia de un esfuerzo decisivo por parte de los ejércitos aliados para conquistar definitivamente la libertad é independencia de los Estados Unidos.»

«Sin dinero, añade Washington, sólo podremos arrancar un esfuerzo débil en la próxima campaña, esfuerzo que probablemente será el último; con socorros, empero, cansaremos la obstinación del enemigo.»

«El segundo recurso no puede prescindir del primero; combinados juntos, darán cima gloriosa á esta lucha, y ambos pondrán el sello á las obligaciones que impone á nuestro país la magnánima generosidad de sus aliados, y perpetuarán nuestra unión por medio de todos los vínculos de agradecimiento y cariño, cambiándonos recíprocamente todas aquellas ventajas que puedan unirnos sólida é indisolublemente.»

Washington tenía en mucho á los soldados franceses, no tanto por razón de su valor y número, como porque «la escelencia de las tropas francesas, y la perfecta disciplina, el orden constante, las disposiciones conciliadoras, y el ardor de los franceses han acrecentado notablemente el respeto y la confianza del pueblo hácia sus amigos.» Lo cual habla muy elocuentemente en favor de Francia.

De acuerdo con Rochambeau, Washington deseaba que Francia enviara un refuerzo de 15,000 hombres; aunque si ese envío debiese ser obstáculo para una fuerte remesa de dinero, prefería antes que se enviara esotro socorro. Lo que había menester América, era mas bien dinero que gente.

Por último pedía aquel ilustre general (en lo cual se echa de ver el génio de una manera especial) que Francia eligiera el mar para teatro de la guerra en América, la cual guerra reducía al enemigo á la defensiva, quitándole á la vez toda probabilidad de estender sus conquistas; guerra fácil por otra parte para Francia, como que ésta encontraría por doquier en las dilatadas costas de América puertos, recursos y provisiones.

«Por lo demás, añadía Washington, lo que pedimos no es más que un *empréstito*, y no hay otro pueblo que con más facilidad que nosotros pueda desempeñarse. Nuestras deudas son poco considerables y el territorio es inmenso; la fecundidad del suelo, nuestros recursos mercantiles, todo nos asegura que dentro de pocos años América podrá exonerarse de sus gravámenes.»

Y concluía diciendo que el pueblo estaba descontento mas bien que de la guerra de la manera con que ésta se hacia. «Un poderoso socorro pecuniario pondrá en buen estado la hacienda y dará aliento á nuestro espíritu.»

«La inmensa mayoría es partidaria de la independencia de los Estados Unidos, rechaza con horror la idea de volverse á unir á la Gran Bretaña, y anhela tener á Francia por aliada; mas, en tiempo de guerra, no basta tener sentimiento, sino que son menester medios ordinarios, es decir, hombres y dinero, porque la ausencia de esos medios envuelve consigo la opresión, la desgracia y el desaliento.»

Esa carta entregada á Franklin, y presentada por éste al ministro y al rey, tuvo satisfactoria acogida al menos en lo tocante á dinero; con la particularidad de que al ceder al empréstito solicitado, se estipuló que el dinero destinado al ejército estaria á la disposición del general Washington, en quien se tenía mas confianza aun que en el Congreso.

Los consejos de Washington, seguidos por la corte de Francia, dieron los mas felices resultados. A últimos de agosto, el conde de Grasse llegó de las Antillas con una escuadra de 28 buques de guerra y 4,000 soldados. Los franceses tenían 36 navíos, al paso que los ingleses solo tenían 25.

Washington se aprovechó de las circunstancias para emprender la campaña de Virginia. No convenia vacilar. Cornwallis habia penetrado en la provincia; y, posesionándose de ella, apoderándose de Richmond, quedaba perdido el Sud. Cornwallis rebotaba de esperanzas, é iba en persecucion de La Fayette, quien, con 4,000 hombres, se defendía de rio en rio. «No me escapará el niño,» escribía Cornwallis: *The boy can not escape me*. La Fayette tenía veinte y cuatro años.

Washington sentía la necesidad de dar un golpe decisivo para despertar á tantos valientes entregados al sueño. El Congreso, que al principiarse la guerra fué la cabeza y el corazón del país, habia languidecido y carecía de influencia; la bancarota y la ruina gene-